



interpretar los resultados

Representar bien el papel de padre o madre de familia, consiste en saber reaccionar juiciosamente, equilibradamente, ante las diversas incidencias de su mundo escolar.

Una mente sana, libre de prejuicios, y un corazón sincero que sabe aceptar.

Frente a la vida escolar y orientación de los niños, el problema de los padres es el problema de sus reacciones afectivas ante el trabajo de los hijos, ante la autoridad de los maestros y ante las influencias psicológicas y sociales que intervienen en esas reacciones.

Suelen darse en los padres dos tipos de actitud. La primera es más espontánea: si los niños no alcanzan éxito escolar, si no siguen la orientación deseada, la culpa es de la mala voluntad de los niños, de la mala enseñanza que se les ha dado, de la insuficiente vigilancia del maestro, de ese espíritu que reina en la juventud actual.

La segunda, más refleja, suele encontrarse en ciertos padres parcialmente enterados de los problemas psicológicos: creen que si las cosas van mal, la responsabilidad es sólo suya, de la educación que dan, la atmósfera que crean, las reacciones afectivas e irracionales con las que abordan estos problemas.

En realidad, parece haber una estrecha relación entre estas dos series de motivos. Por una parte, hay realidades sociales y objetivas que, actualmente, están inadaptadas a una sana escolaridad y justa orientación, y la inquietud de los padres es una reacción normal. Pero, por otra parte, aparece una actitud personal, determinada por las dificultades que los mismos padres han experimentado en su

escolaridad y en el momento de su orientación (y estas dificultades alcanzan a todos los puntos vulnerables que cada personalidad lleva consigo).

En las dos concepciones aparece la importancia que se atribuye a la escolaridad en nuestra sociedad. Y está justificada porque, del éxito escolar, depende, en parte, el éxito posterior en la vida. Pero esta importancia es excesiva, pues la escolaridad no es el factor único y milagroso de donde se deriva todo lo demás.

La psicología del niño y la psicopedagogía

Los padres no son responsables de su ignorancia en materia de psicología general del niño y de psicopedagogía en particular, puesto que poco o nada han hecho las entidades educadoras para que estén informados de estos temas.

Existe, sin embargo, un cierto número de hechos, científicamente demostrados, sobre la vida mental y escolar del niño, cuya ignorancia puede conducir a reacciones erróneas por parte de los padres. Así, por ejemplo, los desórdenes escolares de la pubertad están a veces en relación directa con la evolución del organismo y de la personalidad que se

efectúa en ese momento. Las transformaciones de la pubertad, con la aparición en el niño de la conciencia de problemas sociales, rodeado de "tabues", prohibiciones, peligros y angustia, le ponen en la incapacidad de concentrarse en el trabajo escolar. Por otra parte, ciertos niños son arrastrados por la serie fatal del deber olvidado, que lleva consigo un castigo, el cual conduce a otros.

Múltiples causas

Algunas reacciones de los niños, en particular los fracasos escolares, pueden tener múltiples causas. Pero es necesario saber que el fracaso escolar es a veces, para el niño, un medio de oponerse a los padres y serles desagradable. Cuando los padres se sienten afectados por los fracasos de sus hijos éstos están satisfechos, pues tal era la reacción que deseaban provocar.

Otros niños pueden experimentar un sentimiento de culpabilidad porque no consiguen trabajar tan perfectamente como sus padres, intelectuales brillantes, lo hicieron antes. O bien a la inversa: experimentan sentimiento de culpabilidad porque consiguen realizar estudios superiores a los de sus padres.

Hay también otros fenómenos psicológicos más corrientes; por ejemplo la influencia de la lateralización. Un zurdo contrariado tendrá dificultades para la ortografía, geometría espacial, cálculo mental, desde el momento en que su espacio está orientado naturalmente hacia la izquierda. Si es zurdo, es, simplemente, porque el hemisferio derecho de su cerebro es más grueso que el izquierdo, al revés que en la mayoría de los individuos. Al obligarle a estructurar su espacio hacia la derecha, se le llega a poner en la incapacidad de distinguir lo que es derecha e izquierda con relación a un eje de simetría; a no distinguir, por ejemplo, la P de la Q, la B de la D y, por consiguiente, será incapaz de representarse ciertas figuras en el espacio (disociar cifras en un espacio imaginario, como para un cálculo mental).

Los tests han puesto en evidencia que existen diversos grados de inteligencia y han descubierto niveles medios e inferiores. Es por tanto una empresa abocada de antemano al fracaso, obligar a hacer estudios superiores a niños que no tengan un nivel intelectual algo superior al medio, o hacer planes sobre esto antes de que se conozca claramente la capacidad del niño.

Un caso típico

El personal del Centro Claude Bernard presentó el ejemplo de dos niños, ambos de inteligencia apenas media, con el mismo nivel de debilidad mental, que vivían en el mismo medio escolar. Pero los padres habían reaccionado de modo diferente.

En uno de los casos los padres habían forzado al niño a hacer estudios de bachillerato superior. Naturalmente, el niño no había tenido éxito y finalmente se le había colocado en una institución privada, alejada de la capital, en donde quedaban ocultos sus fracasos a vecinos y amigos. Se había conseguido un desgraciado, no preparado para ningún trabajo; era incapaz de hacer lo que se le había enseñado, y no le habían enseñado lo que podía hacer.

En el otro caso, los padres se habían dado cuenta, muy pronto, de la ligera debilidad de su hija. Habían aceptado la realidad e intentado, sobre todo, hacerla feliz. Mientras que los otros hermanos, muy bien dotados e inteligentes, terminaban brillantemente sus estudios, enviaron a la niña a una escuela de oficios domésticos, y más tarde ayudaba a la madre en sus trabajos. Estaba muy contenta con esta labor que, además, ejecutaba muy bien.

Nuestros prejuicios

Otras dos notas de psicología infantil cuyo conocimiento puede ser útil a los padres:

Nos extrañamos, a veces, de que los niños sean capaces de juzgar el valor de sus camaradas o hermanos, de mostrar una gran perspicacia, especialmente respecto a premios y castigos, al mismo tiempo que son tan poco previsores, tan despistados, tan incapaces de juzgarse a sí mismos en su justo valor y de controlarse en el momento oportuno para evitar escenas desagradables. Es justo extrañarse, pero ¿no se conduce, a veces, un adulto como un niño? Si nosotros no somos capaces de controlarnos, ¿podemos reprochar a los niños, cuya personalidad no está aún madura, que no lo consigan tampoco?

El otro prejuicio es el de la voluntad. Cuando los niños triunfan en un terreno en el que los padres lo desean, se dice que tienen voluntad. De lo contrario, si triunfan en otros terrenos no interesantes para los padres, "es que no tienen voluntad". Pero a no-

sotros, los adultos, ¿no nos sucede el estar desbordantes de voluntad por objetivos que nos apasionan o para los cuales estamos mejor preparados, y carecer totalmente de ella para otros objetivos verdaderamente importantes o aún para pequeños detalles de la vida cotidiana? Cuando reprochamos a los niños el ser cargantes, ¿no nos ha sucedido nunca a nosotros, fatigados por un largo y trabajoso día, el hacer lo mismo? ¿Es preciso acusar a los niños de falta de voluntad, cuando nosotros demostramos tener tan poca?

Hay que reconocer y aceptar a los niños tal como son: con sus debilidades y limitaciones. Se podría preguntar cómo es posible llegar a esta meta ideal. Enunciaré un principio que tiene relación con el precedente: lo que importa no es el detalle de las medidas educativas y disciplinarias que se pueden tomar con los niños, sino el espíritu con el que se eligen y aplican estas medidas.

Reacciones afectivas de los padres

¿Qué es la vida escolar para los padres y para los hijos? Para los padres la vida escolar se reduce al trabajo y a la asistencia a las clases, que son los dos elementos que les causan preocupación. Para los hijos la vida escolar es el recreo, los juegos, las amistades, la vida en grupo, los contactos con nuevos individuos. Los recuerdos de algunos grandes escritores revelan qué profundidad y riqueza representa la escuela para el niño, vitalidad que puede pasar desapercibida si nos contentamos con juzgarla según los boletines mensuales.

La vida escolar es una vasta experiencia para el niño; el descubrimiento de otro mundo distinto al restringido de la familia. La vida escolar está ligada a la socialización del niño, al mismo tiempo que a la adquisición de un cierto número de técnicas intelectuales, el acceso a la comprensión de ideales, de culturas diferentes a la nuestra, de las causas que determinan los fenómenos naturales y sociales. En resumen: es el paso del estado infantil a la madurez.

Pero la más frecuente reacción afectiva de los padres es el considerar que las notas y las clasificaciones cuentan más que la formación personal, social e intelectual; que las lagunas de los programas tienen más importancia que los éxitos en diversas materias. En resumen: que lo negativo cuenta más que lo positivo.

En ciertos padres las reacciones afectivas son más profundas. Temen la posibilidad de que sus hijos descubran otro modo de vida que el de la familia, que tengan otras aspiraciones, que crezcan y se independicen. Esta reacción está bastante generalizada en los países de Europa occidental. Por el contrario, en U. S. A., las reacciones afectivas de los padres revelan un prejuicio exactamente opuesto: para los padres americanos poco importan los resultados escolares; lo esencial es que los niños tengan muchos amigos de ambos sexos, que realicen buenas marcas en los deportes o en el periodismo universitario.

Cómo explicar las reacciones afectivas de los padres

Hay que reconocer que, con frecuencia, los padres olvidan lo que han sido de niños: es una ley fundamental de psicología. Es frecuente que los niños recuerden a sus padres: "¿Te acuerdas del día en que te reías al contarnos que habías sido castigado? ¿Por qué no te ríes ahora que me han castigado, como a ti?" Esto es para el niño un modo de identificarse con sus padres.

Hay todavía una reacción más compleja: a menudo los padres no pueden admitir que sus hijos sean lo que han sido ellos; guardan mal recuerdo de ciertos incidentes y no quieren que éstos se reproduzcan en la vida de sus hijos. Es decir, ante los problemas escolares de sus hijos están obrando, más o menos conscientemente, en función de su propio pasado escolar.

Podríamos clasificar dos categorías de reacciones: Los padres satisfechos de su vida escolar piensan que sus propios padres han sido duros, que esto ha tenido éxito y que no tienen más que hacer otro tanto con sus hijos; saben que ser duros dará buen resultado. Esta manera de actuar, o bien conduce a un notable éxito escolar, empobreciendo la vida afectiva del niño (que puede ser brillante, pero desgraciado), o bien provoca una actitud de rebeldía sistemática.

Los padres descontentos de su vida escolar se muestran con una inquieta y quisquillosa exigencia, tienen perpetuamente la preocupación de lo que piensan las otras familias; intentan vivir de alguna manera una segunda vez, a través de los estudios de sus hijos. Esta actitud lleva consigo continuos reproches a los niños, a los que éstos llegan a habituarse tanto que hasta llegan a bus-



car la seguridad en la misma reprimenda. Se hacen niños inquietos, dudando de sí mismos y de todo, muy mal preparados para triunfar en los exámenes y en la vida en general.

Antes, ayudaba a mi hijo

Un padre se queja de que los resultados escolares de su hijo sean medianos, mientras que los maestros y los tests demuestran que el niño tiene grandes posibilidades. Se le aconsejó que no se ocupara del trabajo escolar de su hijo, pues lo controlaba cotidianamente de una manera excesiva. El niño, que era mediano, pasó a ser el último de la clase. El padre había entendido el "no ocuparse", como "desinteresarse totalmente del trabajo de su hijo". Incluso había dejado de informarse de las notas obtenidas, de lo que aprendía el niño y de lo que sucedía en clase. Cuando el sostén del padre desapareció, el niño se encontró en la incapacidad de trabajar.

Este caso prueba, en primer lugar, que cierto vocabulario no es comprendido siempre por todo el mundo; además nos enseña una distinción esencial: nunca hay que dejar de interesarse por la vida escolar de los niños, pero hay que saber "dejar de ocuparse de ella", es decir, de hacer de ella una cosa personal. El trabajo escolar es asunto de los niños, no de los padres.

En otro caso parecido habíamos omitido el dar un consejo directo a un padre que traía a su hijo para conseguir su readaptación. Después del éxito de ésta y cuando el niño consiguió los brillantes resultados que podía obtener, tuvimos ocasión de hablar con el padre. Nos dijo: "Antes ayudaba a mi hijo a hacer sus deberes; ahora ya no puedo, él me lo ha suprimido".

Los hijos de los profesores no salen más favorecidos, pues sus padres mezclan las funciones de padre y maestro. En lugar de ser profesores en sus clases y padres en sus hogares, continúan siendo profesores en su casa y muy particularmente en las materias que enseñan, ocupándose, con toda ansiedad, de que sus hijos salgan bien formados en "su" rama de enseñanza.

Un niño cuya madre es catedrático de ciencias, triunfaba bastante en las disciplinas literarias, pero nunca entendía nada durante las clases de matemáticas y física. No sólo sabía que su madre estaba en casa para explicarle las lecciones, sino que le interesaba no saber nada para conseguir que su madre le explicase de nuevo la lección. Este círculo vicioso no tenía fin y el niño comprendía cada vez menos, para tener el placer de hacer actuar a su madre. Por eso, por absurdo que pueda parecer, hay que aconsejar a los catedráticos que dan clases particulares a sus propios hijos, que deleguen en otro profesor la preparación de la asignatura que ellos mismos enseñan. En las asignaturas en las que uno no es especialista se establece mayor confianza con los niños.

¿Libertad o autoridad?

Un ejemplo diferente se refiere a un niño cuyos padres estaban entusiasmados con la nueva educación y lo estaban educando según los métodos activos. Este niño nos lo habían enviado, por serias dificultades escolares, y hemos aconsejado al padre que enviase a su hijo a un centro X, en donde volvería a encontrar métodos escolares tradicionales. Más tarde el chico nos ha escrito: "Creo que este centro escolar me hace bien: con su horario estricto, con tantas horas de cada materia por semana; lo que me parecía antes libertad restringida, ahora me parece la mejor de las soluciones".

En efecto, en el caso en que los padres tengan tendencia a ser demasiado autoritarios con sus hijos, un poco de libertad es favorable; pero en el caso en que los padres tengan tendencia a concederles demasiada libertad, el retorno a una mayor autoridad y a las técnicas más rutinarias puede, a veces, tener un final feliz.

Valorar los resultados

Se nos ha planteado el caso de una readaptación, que estimábamos conseguida y que

no satisfacía a los padres. La madre del muchacho había venido a decir que no había observado un gran cambio desde que su hijo estaba a tratamiento. Admitió que el niño obtenía ahora excelentes resultados escolares y que había conseguido el primer número en su examen, pero añadió en seguida: "Cuando ha usado su dentífrico no lo coloca de nuevo en su sitio. El tratamiento no ha tenido éxito puesto que, ahora, como antes, continúa sin ordenar bien sus cosas, a pesar de que se le repite cada día que lo haga". Se ve, por este ejemplo, que la exacta apreciación de los resultados y de lo que se puede exigir a un niño, es de capital importancia.

Este tipo de reacción, un poco caricaturesca, pero real, se encuentra, por otra parte, en muchos casos. Se les reprocha a algunos niños los resultados escolares considerados no como malos, sino como insuficientes, pues, al parecer, esos niños podrían dar mucho más de sí. Una chica que se ha clasificado en el segundo puesto de la clase pero cuyos padres estiman que debía ser primera, es una demostración de que algo no marcha bien. A propósito de un niño que era el primero en su clase, sus padres nos han dicho: "Es que el grupo es flojo, y en tierra de ciegos el tuerto es rey".

Asimismo la comparación, sistemática en ciertas familias, con hermanos y hermanas más brillantes, es completamente nefasta para los niños.

Recomendamos evitar, en lo posible, poner en la misma clase a dos hermanos de edad similar. Se objetará que ello es una solución práctica, puesto que los niños tienen los mismos horarios, los mismos libros, se les controla al mismo tiempo, se les hace trabajar juntos; pero estas ventajas materiales tienen como contrapartida un grave error psicológico; esta situación arrastra, casi necesariamente, el fracaso de uno de los dos niños: que el mayor quede humillado de haber sido superado por el más joven, o que el joven no pueda situarse al nivel del mayor.

En ciertos casos los padres desaconsejan a sus hijos que se presenten a un examen, juzgando que no están bastante preparados. Es a veces una opinión muy objetiva pero también, frecuentemente, el resultado de un temor irrazonado.

Ya tiene amigos

Queda por hablar ahora de la actitud de los padres frente a los compañeros y maes-



tros de sus hijos. Se encuentran, a propósito de este problema, las mismas formas estereotipadas que hemos ya señalado.

Con respecto a los compañeros, los padres tienen el prejuicio de los buenos y malos camaradas. Los amigos que ejercen una buena influencia son aquellos cuyo criterio va en el sentido de las ideas de los padres y de sus reacciones afectivas; los compañeros que tienen una mala influencia, son todos los demás.

He oído a una madre extrañarse de que su hijo tenga un amigo y vaya a menudo a casa de éste. Se preguntaba lo que podría haber de atracción en la casa de este amigo. La razón evidente había escapado a esta madre: ella misma era viuda, el amigo de su hijo vivía con su padre, divorciado, que había conseguido la custodia de su hijo, y los dos muchachos se esforzaban en reconstruir, con el padre divorciado y la madre viuda, la pareja paterna.

Ciertos prejuicios han conducido, igualmente, a establecer tipos escolares fijos: el buen alumno, el "empollón", el perezoso, el charlatán. Una vez puesta la etiqueta, lo es, a menudo, de una manera definitiva y el niño la arrastra para siempre. Los buenos compañeros se reclutan entre los buenos alumnos y los "empollones", y los malos camaradas entre los perezosos y charlatanes.

Pero la psicología científica, la caracterología y la psicología social han sustituido estos tipos por otros, establecidos más seriamente. Han reconocido que en las clases había una vida de grupo muy intensa, a menudo sin ninguna relación con el triunfo intelectual y escolar, con lo que la administración prevé y organiza, e incluso con lo que saben los padres y los maestros.

De esta vida de grupo o subgrupo, de estas mezclas de simpatías y antipatías, se han

podido sacar ciertos retratos: el guía, el favorito, el lugarteniente, el desplazado, el aislado. Estos tipos corresponden mucho más a la realidad concreta y cotidiana de la vida escolar y determinan relaciones de camaradería entre los niños.

Esa oculta rivalidad

Con respecto a los maestros, reinan entre los padres parecidas formas estereotipadas.

En nuestra civilización europea (pues en Estados Unidos se tiene el concepto contrario), los padres tienen a veces el deseo de interponerse entre el maestro y los alumnos: controlan los deberes, lo que, en definitiva, es controlar si el maestro los pone, si se ocupa mucho de los niños. Este interés de los padres por la vida escolar de los niños tiene sus ventajas e inconvenientes, pues si hay padres que admiten que los malos resultados son imputables al niño, los hay que piensan que esos fracasos no pueden venir más que del profesor.

Los padres controlan también las lecciones o la exactitud: "Apresúrate, he preparado todo, voy a ayudarte, si no te retrasarás...".

No se deja a los niños enfrentarse con el maestro y ajustarse a la disciplina. No es cuestión de desinteresarse completamente del niño, pero es necesario que sufra la disciplina y las consecuencias de las faltas que haya cometido.

Con esa disposición de ánimo los padres van al encuentro del maestro, ya sea para pedirle su favor o su indulgencia. Si esta actitud es una consecuencia normal del deseo de tomar contacto con el profesor, de informarse con él sobre la mejor manera de educar y orientar al niño, hay también, con frecuencia, una razón afectiva —por otra parte bastante inconsciente— que es el no aceptar que otro se ocupe del niño y adquiera demasiada importancia e influencia sobre el espíritu y la personalidad de su hijo; en suma, es como una sorda rivalidad de los padres frente al maestro.

El ideal sería disociar la actitud propia del maestro y la de los padres. Los padres deben adoptar una actitud paternal, es decir, deben tener con sus hijos relaciones de afecto y de educación, en el más amplio sentido de la palabra; pero dejando al niño que se las arregle como pueda en todo lo concierne-

te a la vida escolar. En ese dominio, los padres ya no son los amos de sus hijos.

Vías de solución: dialogar y aceptar

¿Cómo deben vencer los padres las dificultades de orden afectivo frente a la vida escolar y la orientación de su hijos?

Uno de los posibles medios se practica en el Centro Claude Bernard: cuando los padres traen a sus hijos para que sigan las sesiones de readaptación, en lugar de dejarles esperar pasivamente el fin de la sesión, se esfuerzan en conseguir que acepten conversar con un psicólogo, hablar de las dificultades que la vida escolar de su hijo les proporciona. De esa manera, a veces se consigue que recuerden sus dificultades escolares pasadas o las huellas que esas dificultades han podido dejar en ellos.

Un segundo medio consiste en reunir a los padres en grupos de discusión en torno a un médico o un psicólogo especializados, para exponer, libremente, su actitud frente a los problemas educativos.

Por una parte, los padres tienen ocasión de expresarse y, al formularlas, precisar sus propias dificultades. Eso basta, a veces, para que algunos se den cuenta de la futilidad de sus ideas.

Las reacciones del grupo ante las ideas expuestas por uno de los padres, les permiten enfrentarse con estas ideas de manera mucho más objetiva. Sobre todo los padres se dan cuenta, al confrontar sus dificultades con las de los demás, que no son excepciones, y el hecho de reducir las dificultades a su aspecto general e impersonal puede ser, de por sí, apaciguador.

Los consejos que quisiera dar como conclusión son los siguientes:

Aceptar el escuchar una conferencia sobre la vida escolar y la orientación de los niños; aceptar el hablar de sus dificultades ante esta vida escolar, libre y sinceramente; aceptar el acordarse de las dificultades particulares que uno ha tenido; aceptar el confrontar sus dificultades con las de los demás, es, seguramente, la más honesta vía humana para vencerlas.

"Los padres, ante la vida escolar y educación de sus hijos".

D. Anzieu (Agregado de Filosofía, Asistente en la Sorbona).

"L'Ecole des Parents".—4 Rue Brunel.—París.